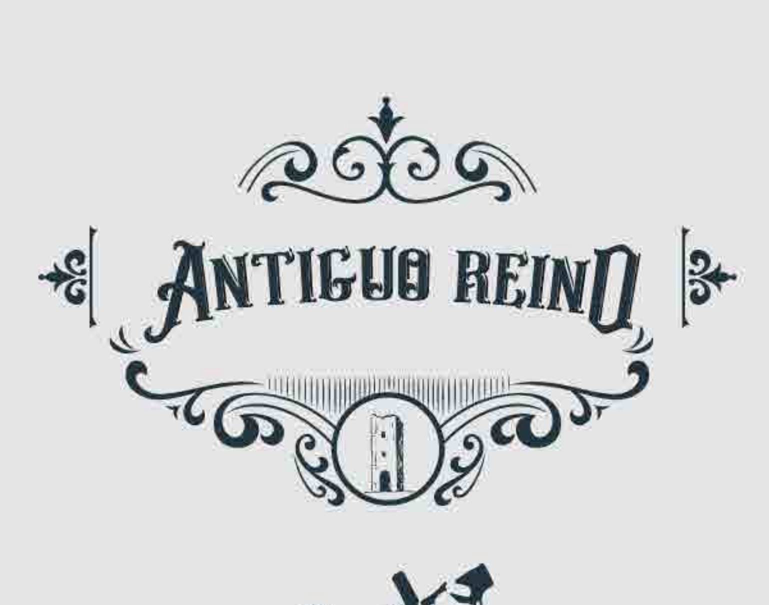


Lucía Estrada



ANTIGUO REINO LUCÍA ESTRADA

Lucía estrada

Antiguo reino



Colección
Lima Lee




LUCÍA
ESTRADA

Lucía Estrada

(Nació en Medellín, Colombia, en 1980)

Ha publicado varios libros de poesía, entre ellos *Maiastra (2003), Las Hijas del Espino (2006, 2008), El Ojo de Circe, a*ntología (2007), *La Noche en el Espejo (2010), Cuaderno del* **Ángel** *(2012), Continuidad del jardín* (Selección personal) y *Katábasis*. Con su libro *Las Hijas del Espino* obtuvo el *Premio de Poesía Ciudad de Medellín* (2005), y la Beca de Creación en Poesía, otorgada por el Municipio de Medellín en 2008 con *Cuaderno del ángel.* En 2009 y 2017 obtuvo el Premio Nacional de Poesía Ciudad de Bogotá con sus libros *La noche en el espejo* (2010) y *Katábasis* (2018) respectivamente. Textos suyos han aparecido también en varias antologías y publicaciones del país y del exterior. Así mismo sus poemas han sido traducidos al inglés, francés, japonés, sueco, portugués, italiano y alemán. Invitada a diversos encuentros literarios en el país y en el exterior entre los que pueden destacarse el Festival de Poesía de Berlín (Alemania); VIII y XVI Festival Internacional de Poesía de Medellín; Encuentro de Poetas del Mundo Latino (México); Feria del Libro de Santiago de Chile; IV Festival Internacional de Poesía Eskéletra (Ecuador); III Festival de Poesía de El Salvador; Festival Internacional de Poesía de Costa Rica; Feria Internacional del Libro de Quito (Ecuador); Festival Internacional de Poesía de Caracas (Venezuela, 2013); Salón del Libro de París (Francia, 2014); Feria Internacional del Libro de Lima (Perú, 2018). Próximamente la Editorial Eulalia Books (Estados Unidos) publicará una edición bilingüe de *Katábasis* en traducción de Olivia Lott.

Antiguo reino

Municipalidad de Lima

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Concepto de portada:
Melissa Pérez

Diseño y diagramación:
Leonardo Enrique Collas Alegría

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Festival Internacional Primavera Poética

Harold Alva Viale
Presidente de la Organización

Comité Consultivo
Carlos Ernesto García (El Salvador)
Roberto Arizmendi (México)
Omar Aramayo (Perú)
Leopoldo Castilla (Argentina)
Omar Lara (Chile)

Director Cultural
Sixto Sarmiento Chipana

Asesor de comunicaciones
Luis Miguel Cangalaya

Jr. Buenaventura Aguirre 395.
Of.: K. Barranco, Lima.

https:/web.facebook.com/fipperu2019/

Lima, 2020

Esta publicación es un esfuerzo entre la Municipalidad de Lima y Primavera Poéica para las ediciones de la colección del Programa Lima Lee.

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

ANTIGUO REINO

(Maiastra / Katábasis)
Selección de poemas

MAIASTRA

(2001)

Durante toda mi vida he buscado la esencia del vuelo

Homenaje a Constantin Brancussi

La Maiastra, más exactamente Paserea Maiastra (“el pájaro maravilloso*”), es un ave fabulosa de los cuentos populares rumanos, que asiste al príncipe encantado (Fat Frumos), en sus combates y en sus pruebas. En otro ciclo narrativo, la Maiastra consigue robar las tres manzanas de oro que cada año da un manzano maravilloso. Solo un hijo de rey puede herirle o capturarle.*

Mircea Eliade

...Venid del fuego sagrado, ave en espiral,
y sed los maestros cantores de mi alma...

W. B. Yeats

...Sepultado de un tajo en lo más hondo de la selva nocturna,
debajo de unas aguas que se entreabren al soplo del amor
y se cierran de golpe al roce de la piedra,
así estás, como un pájaro en exilio, en la jaula del pecho...

Olga Orozco

II

Abres el libro, no de los muertos sino de los desenterrados. La reina es llevada por el aire negro, la luna a sus pies y el mundo. Densas nubes aprisionan su cuerpo blanco, un cuervo que se precipita, un grito de lechuza. ¿Quién puede dormir? El viaje prosigue a través del espanto. Vas prendida a su cabello, corona de horror te sientes. ¿Hacia dónde se dirige? Desnuda, es la tormenta que ven desde abajo, un lento castillo de niebla que avanza. No puedes desprenderte; la reina te ha sumado a su vértigo. Se deja llevar. Fuerzas invisibles hacen de su paso el ascendente de los nacimientos, de la vida que rompe sus tallos esta noche. No puedes ocultarte. Su cabello es la estela en que graba su nombre la pesadilla.

VI

El rey viaja en mi sueño. Conoce la partitura de la muerte, por eso el albatros no devora su corazón y continúa de pie, sin apenas hundirse en el bosque que le ha preparado. Toco mi flauta. Que no descubra mi asombro como en otras aves del paraíso. Que no sospeche la dulce acogida de la hechicera, su barco, el más hermoso y temible. Se hundirían sus pies, luego su cuerpo, su cabeza, y lo que está abajo estaría arriba, y el secreto, de golpe, abierto.

Mi rey herido por la tormenta, su corazón en la boca de la noche.

XVI

La mano que escribía fue arrojada lejos, quemada. No es posible vivir con la cerradura cuando, más allá de guardar, se ha convertido en la sombra que sufre el adentro, que lo conoce y se duele, que revienta bajo el golpe de sus mareas. ¿Has visto el vuelo del dragón? Yo solo lo he imaginado. Derrota al tuyo noventa y nueve veces.

No aciertas a escribir sobre lo blanco.

XVIII

— ¡Cruza el espejo!

— No, algo se rompería.

— ¿Tú? ¿El espejo?

— No, lo que dejaría atrás, lo que verían del otro lado mis ojos.

XXII

Se empieza por buscar en la memoria, en los sueños, en las distintas formas de la luz que golpea contra el mundo. Se extiende la mirada, se contrae. He hablado tantas veces de la lejanía, de fijar un punto y caminar hacia él sin detenerse. ¿Qué harán de ese lado? ¿Quién cantará? ¿Quién abrirá un libro, cerrará otro, moverá una taza, guardará para siempre un cofre? Recordar esas ciudades invisibles, suspendidas, un hombre como pocos sobrevolando lo imposible. Una visión gloriosa por desaparecer. Todos estuvimos ahí, en la construcción de altos cristales, puentes de humo, antiguas avenidas, *tiendas de color canela*. Sigo allí, sostengo un hilo que me lleva a galope; sigue, sigue, ¡qué larga la travesía! Mi boleto cuesta lo que tres viajes. Primero una calle ancha, iluminada, fragor de transeúntes, fantasmas, luego un espasmo.

Cada tiempo, alguien reinventa las ciudades, las que amó, las que imaginó. Somos ese tiempo. Es nuestro turno.

Memoria de Bruno Schultz e Italo Calvino

XXXI

Pan y agua surten el efecto de la claridad sobre los reyes. Es su vínculo con lo extraño. Así, la ciudad construyó una celda para sus invocaciones, dibujó en las murallas formas sibilantes, fórmulas que cifrarían su corazón protegiéndola, mas, para el último relámpago, esta se abrió hacia la medianoche y allí permanece.

Diablos flagelantes, ocupan lo que resta de ella.

Memoria de H. Bosch

XXXIII

Redimir la noche, mezclar su escritura y comprender. No es posible huir luego de haber iniciado la cacería mayor, brazos y ojos señalados por el fuego de la búsqueda. El dedo que fijó la página, el agua que vemos resplandecer en el poema. Todavía, ese leve gesto se repite. La luna del comienzo no declina ni se oculta.

Un instante: se descifra el movimiento de la llama.

Otro: el humo que asciende.

Ahora se prueba el fluir de la sangre, ahora un círculo de correspondencias.
El silencio explora su laberinto. La estela de ese otro sol se mantiene. El rito de la noche no termina. Viejos hombres deambulan hoy bajo su antorcha.

XXXIX

Un silencio seco rodea la palabra. Todo termina y todo vuelve a comenzar. Son estos los minutos por venir, ya en la memoria. Un tiempo pasado y un tiempo futuro reunidos. Un tiempo dentro del tiempo. Y así como el coloso inmóvil, sus pies en ambas orillas, la palabra se abrirá al paso de las olas, y el arriba y el abajo, el mar golpeará con fuerza.

En este vuelo del dragón a la serpiente, agua, no aire tibio.

Habitantes de hondos sonidos, lentas sílabas sumergidas, vendrá un segundo en que las aguas se retiren, y la palabra seque sus maderas hasta convertirlas otra vez en fuego.

XL

Escucho música lejana, como de palabras que van a decirse, las últimas de una lengua en extinción. El aire trae sus capillas, recintos aislados, semillas de luz en el espacio negro. Dentro de sus cristales, robustas plantas tejen un canto silencioso: habla de dioses perdidos, de aves fabulosas, seres vegetales, edénicos, a la búsqueda de un tiempo semejante al vacío. Van a decirse, van a fluir en ausencia de bocas, todas las palabras, las del principio, las de la muerte; van a recorrer lo inmóvil, lo consumado, abrirán la tierra, separarán las aguas, río contra río, el fuego será rodeado, barrerán nuestros huesos que ocultan el primer jardín, derribarán los sarcófagos del oído y la lengua, y todavía ese viaje sería el inicio.

Reinas de sí mismas, las palabras, somos apenas su tránsito misterioso, no la región que las espera.

LVI

Separo por un momento el agua del pozo: no quiero más su reflejo, su caravana espectral, siempre yo, o la hija del primer hombre.

Al fondo, una legión de aves desconocidas inicia el canto de las formas que no se repiten, y quieren enseñármelo, liberarme de mí en la espiral que conduce al propio abandono. A lado y lado están los seres unidos en sabias jerarquías. Van quedándose con mi cuerpo: primero un pie, después los brazos, la cabeza y el cuello en la vasija de los más jóvenes, y el lugar del corazón, el centro, bajo la corona del águila. Al buitre reservan mi vientre. Hay en esa labor de condena una música que debo conocer.

Seré pájaro como ellos, mitad vacío, mitad intemperie, mas, en mí, también serán los otros.

Pregunto el nombre de esta unión, de la gran sinfonía que comienza y vuelve a comenzar, y como respuesta, el agua se arquea sobre el pozo, clara, brillante, más allá de mi deseo, y me permite, nos permite cruzar.

KATÁBASIS

(2017)

Toca este vaso con los dedos: sonará
como campana china al mínimo temblor del aire
aunque nadie lo note o se anime a contestar.

Sylvia Plath

Memoria de polvo y hueso

Mi temor por descubrir qué respira agitadamente tras el muro. No una palabra, ni siquiera una pregunta; acaso un animal extraño y sediento como yo. Habito los mismos lugares, la misma tierra removida por los años, el mismo aire húmedo, la luz empozada de millones de soles que pronto desaparecerán por completo.

Las mismas sombras proyectadas por la luna sobre la madriguera de Alicia. Cuerpos que se alejan perseguidos por un mal presentimiento.

A veces advierto señales inciertas en un cuenco de agua. Las bebo hasta el fondo, hasta comprender que el hastío tiene la forma de una oscura necesidad.

Mi amor palidece bajo el peso invisible de un destino que no busca, pero tampoco encuentra. Mi amor como el deseo de ser gato, trapecio, algo tangible que pueda sucumbir como lo hacen tantas cosas en el mundo.

Hace tiempo el mar que ondea en mi oído devora los puentes que construí en sueños; la sal muerde la raíz de mi lengua, el techo de la casa, los tréboles del jardín, los rincones por los que huye la liebre.

Hay una salida, pero es necesario cavar hasta encontrarla, romperse las manos hasta hallar la cerradura. Cavar hasta volver al principio, hasta no recordar nada, hasta ser solo un hueso, una piedra, un fragmento de algo que una vez fue, y ya no importa…

Memoria de humo y ceniza

Pregunto por lo que hubo aquí antes de nosotros, por el vestigio de palabras muertas que nunca nadie pronunció, que nunca nadie oyó. Restos de un lenguaje intemporal, de escrituras afiladas y relucientes como las escamas del último pez; piedras y árboles y huesos todavía humeantes por el asalto de un mediodía sangriento.

Aún es posible ver arder las estrellas. Pero nada nos hablará al oído.

También el silencio —que guarda la hora del mundo— se ha retirado. Un rumor enemigo y salvaje es todo cuanto queda.

Del tiempo de este reino

Siempre habrá paredes detrás de las paredes, y más allá, otros muros escalando su altura. Siempre habrá falsas historias, lecciones, oscuros presagios, señales que limiten tu natural inclinación a huir antes de que la jauría te dé alcance. Pero solo allí, en ese laberinto seco y mezquino, advertirás el solitario tránsito de lo que pudo ser una ceremonia compartida.

Tantos cuerpos vacíos buscando un norte; tantas manos incapaces de palpar nada nuevo bajo el sol. Sin rostro, sabes que bastará un pequeño argumento de la muerte.

Más solitarias que tus pasos, las hojas de hierba crecen hacia la nube de polvo. Más desvaídas que tus gestos, las piedras rehacen una y otra vez el camino.

Cada cosa parece dispuesta para ser arrebatada, entorpecida, humillada. Cada cosa, sin embargo, está siempre a la altura de tus ojos, y de los ojos que resistan esperando del mundo sus absurdas apariciones.

Nada respira contradiciendo el tiempo de este reino, que sigue en línea recta hacia adelante, hacia el abismo. Pero la noche, más generosa que tus manos, y mucho más honda que el pozo sediento de tu corazón, apacigua el deseo de levantar nuevos muros en torno a fantasmas sin nombre.

Allí donde todo sucumbe, algo o alguien —acaso— logre saltar el impedimento; alguien o algo avance por fin contra la corriente.

Del laberinto de Ariadna I

Toma este delgado hilo de sombra y envuélvelo en torno a ti. Ténsalo hasta el límite. Comprueba su resistencia. El roce oscuro pronto ganará la carne, el hueso, la médula feroz de tu memoria.

Insiste en el corte que aguzará tu oído, tu lengua. Insiste hasta que seas de la herida su cerco de palabras afiladas.

De un extremo a otro de la sangre, allí donde la luna marchita alimenta a sus perros, extiende su línea sedienta. Pero no lo rompas. No rompas la noche ni la palabra espejo. No rompas lo que has escuchado ni la voluntad de seguir en pie sobre el hielo que cruje, bajo el ardor de tantas lámparas contradictorias.

Toma entre los dedos este delgado instante; púlsalo como a la sola cuerda del piano en la torre de Tübingen.

Esta es la última posibilidad de aferrarte. Ténsalo en torno a ti. No lo pierdas.

Del laberinto de Ariadna II

Y sin embargo, la cuerda que envolvió tu sombra, esa imagen oscura y densa como mancha de aceite que para entonces tenías del mundo, permanece en algún lugar esperando el punto de quiebre, el desgarramiento de las fibras, lo poco o nada que hemos hecho y que apura su vaso de verdades a medias para no desistir. Este es el momento preciso para subir por ella otra vez, apretando nuestro cuerpo a la tensión que no deja de caer mientras asciende, y que una vez arriba se rompe delicada como cristal de azúcar, sin ruido, sin que nadie lo advierta.

En tanto estamos seguros. Firmes y discretos, sin mirar hacia ningún lado, sin predisponer a nadie en nuestra contra. Mudos, sin palabras. Sin lengua. Sin verdades enteras. Presintiendo. Solo presintiendo lo que la vida y la muerte han hecho de nosotros, del tiempo, del halo negro de las cosas.

Una antorcha que se consume con rapidez, un círculo abierto al equívoco, una señal que nadie entiende…

Pero seguimos intactos y estamos satisfechos. Cuanto más inmóviles, menos riesgo de extraviarnos. Menos palabras y más aire para los saltos de liebre, para el pulso hábil del trapecista, para el hombre que nunca cerró la puerta de su dormitorio ni ha mirado a través de una ventana…

Terrazas, y la mano que sujeta segura la cuerda para subir aunque no haya más arriba que su media verdad, o su liebre a punto de hundirse en el grito de otros, a punto de ahogarse, de roer la cuerda, a punto de soltar tu mano, de no importarle nada, a punto de huir, de dejarse arrastrar por lo que hasta entonces no entendías, pero es tan certero y cruel…

Del laberinto de Ariadna III

La cuerda se rompe siempre por su parte más débil. Tensión que se basta a sí misma, y a sí misma se desgasta. Tensión que viene desde la más pequeña fibra, allí donde bailan, gritan y golpean todas las sombras, las que aceptamos, aquellas con las que tropezamos.

Inútil tratar de comprender cómo a cada palabra, a cada intento de perfección se debilita aún más. Inútil proteger ese fragmento que también eres, que también soy. Inútil esperar algo nuevo. De ti, de mí, de nosotros.

Si otras cuerdas se rompen, no es asunto nuestro. Cada quien volverá a unirlas a su manera. Pero cada quien, como nosotros, la sabrá al filo de su propio corazón, de su propia —y torpe— insistencia…

Herencia

Este es el tiempo, padre, en el que la soga debía apretar el cuello antes de quebrar la rama. Pero todo sigue como al principio. Quieto y silencioso, sin que una voz se escuche a lo lejos, ni una hierba se agite bajo el viento de verano. Este es el tiempo en el que tus cábalas tendrían que haber señalado ya un camino. Muchas veces insistías a los astros, retorcías aritméticas que nada tenían que ver con tu agitado corazón de niebla. Podía escuchar, si aguzaba el oído, tu respiración difícil, tu pálpito de cristales que se rompían al menor contacto con la noche. Tu sangre iba dentro de ti buscando presagios, propósitos que nunca llegarían a cumplirse. Eras en el mundo el cerco que nos impediría rodar hacia el abismo. Y aquí estamos, desnudos bajo el peso de nuestras propias carencias. Ansiosos de saber cuál era la cifra que buscabas, cuál el destino de nuestra estrella, cuál el gesto sencillo que cambiaría el rumbo de tantas cosas perdidas.

Este es el tiempo, padre, en que tal vez hayamos comprendido aquello que rodaba detrás de tus ojos

secos, lo que mirabas sin mirar, lo que de angustia minó las paredes interiores y las cubrió de hiedra.

Este es el tiempo, padre, pero no el mío. No el de la vida que continúa empozándose allí donde no llega nadie, donde cualquier rayo de luz resulta doloroso. Preferías la noche porque solo en ella el miedo te envolvía tan completamente que era, al fin, tu lazarillo fiel. No importaba que dictara sentencias, no importaba que borrara los números, los rostros, todo en lo que alguna vez creíste.

Este es el tiempo en que ya no puedo tocarte, en el que tu imagen más próxima es un golpe de dados que pierde para siempre nuestras cabezas.

De luna y tenebrario

Tú duermes. Y tu aureola se enciende como nunca y me incluye como si yo también tuviese aureola.

Marosa Di Giorgio

A mi madre

Toda la noche lidiamos con las aguas. Yo sostenía de este lado las paredes y los techos, tú preservabas el oro de los tigres. Ningún abismo se interponía entre nosotras, envueltas como estábamos en la misma crisálida de invierno. Pero tú parecías más fuerte. Al tiempo en que restablecías el rostro deshecho de tus hijos, tejías gasas y delicados mantos de seda que cubrían todo el paisaje. Más allá del sueño, más allá de mi propio y estrecho laberinto. Al menor soplo del viento, oficiabas pequeñas ceremonias para alejar la tormenta. Yo te miraba desde mi estatua de sal, incapaz de mover los labios, devorada por la sombra desde el vientre hasta los ojos, enferma, como el destino que no acaba de cumplirse. Atenta a los

designios de un dios tan solitario como las aguas que empiezan a retirarse, conjuras una vez más el árbol que se extiende desde tu corazón hasta mi boca y aguarda otro día, otra noche en el jardín ¿Acaso las viejas canciones de cuna conducían a este momento? ¿Acaso eran fórmulas para acercar la vida, envueltas en la misma crisálida, tú y yo, absortas en lo que vendría después, como dos hermanas unidas tibiamente por el silencio?

Peldaño V

La locura tomó forma de flor decorativa…

Pedro Arturo Estrada

Artaud en casa del lobo

Antes y ahora, el grito… Antes, cuando la vida entraba en tu cerebro ramificándose, haciéndose más densa, oscura, casi un torrente aceitoso de imágenes como piedras, como cuchillos ardientes, todo al filo y en un instante consumado. Ahora, cuando intentas descifrar esto que ha caído de pronto sobre tu cabeza, formas, destrozos, lenguajes ininteligibles, el aullido de quienes no toleran el miedo y se arrojan a la boca del lobo antes que mirarlo de frente. Ahora, cuando tu pensamiento te *abandona en todos los peldaños.* Nadie estuvo tan próximo de sí mismo como ese animal sediento que te aguardaba en cada vuelta de hoja, en cada palabra incendio, como una brasa en mitad del paladar y de los dientes, insoportable, fiel… *jirones que he podido recuperar de la nada completa*… Silencio de sustancias que brillan y salpican junto a tu

sangre. Lo que otros dejaron de lado, lo que otros no llamaron por su nombre; lo que escondieron junto a la máquina de coser, y el paraguas y la mesa de disección. *La muerte solo es completa para quien se entrega a ella*, para quien la construye de pequeñas infamias, de mentiras convenientes dichas al oído, de mezquindades, de falsos dioses de oro y barro. No hay nada qué argumentar, ni antes ni ahora, cuando los ojos mismos eran la sal que arde, la astilla y el ojo ajeno, cuando otros se reían frente al *ecce homo*, y esa mueca salvaje, aséptica y blanca era defendida entre alcoholes y recetas infernales, cuando ni la doble estrella ni el rayo pudieron cerrar el grito que eras todo. Entonces se trata de ti y de mí, de tu pensamiento bajando a tropezones por los peldaños que son el mundo, de tus palabras, boca de lobo, tragándose a sí mismas, regurgitándose, haciéndose improbables, inaceptables, sucias, tan sucias como este cielo de abril…

El pequeño poeta celeste que no eres, el que pende de un hilo, el que se desploma. La noche se ha llevado los desperdicios del día. La noche todo calma, grito silencioso y suave, la noche y tus ángeles que suben de la tierra…

La vida es arderse con las preguntas —dices—, y una corriente oscura: recorre el nervio, el hueso, la médula. Corta. Disecciona. Exhibe para nadie. Todo esto es tal vez una perfecta lección de anatomía *bajo esta costra de hueso y piel que es mi cabeza…*

Te decantas, escuchas del árbol su estremecimiento. Antes y ahora, el grito. El pequeño poeta en casa del lobo. Comerá quizá *el corazón oscuro de la noche*, y caerá tres veces, *ecce homo*, peldaño a peldaño, antes y ahora, ahora y después *haciendo el mismo ruido, el mismo ruido, el mismo ruido que la noche y el árbol al centro del viento…*

- ¡Cruza el espejo!

- No, algo se rompería.

- ¿Tú? ¿El espejo?

- No, lo que dejaría atrás,
lo que verían del otro lado mis ojos.



Colección
Lima Lee

